



Anthony DeCurtis
Lou Reed: una vida.
 Buenos Aires
 Planeta
 2018
 477 páginas

Una biografía de Lou Reed, desde el lado salvaje

Diego García Ríos¹

“Esta ciudad está llena hasta el techo de teóricos de rock/no necesito escuchar nada de eso”, vocifera Adrián Dárgelos, líder de Babasónicos, en una canción del último disco de su banda, *Discutible*. Pero esa expresión, tan cercana en tiempo y espacio, bien podría haber sido el estandarte de uno de los más grandes referentes de la historia del rock: Lewis Allan Reed, más conocido como Lou Reed (1942-2013).

Este cantante, compositor, guitarrista y, por sobre todas las cosas, poeta, nunca se llevó bien con la hipocresía mediática ni con las entrevistas de cortesía que intentaban subirse a su

cresta musical para luego alzar el dedo señalador en torno a su vida privada y sus adicciones.² Sin embargo, existió un periodista, un escritor y editor de la famosa revista *Rolling Stone*, al que este hosco artista neoyorquino prestó especial atención y abrió las puertas de su intimidad: Anthony DeCurtis.

Lou Reed: una vida se trata de la biografía de uno de los íconos del rock anglosajón, relatada desde la cercanía de una persona que lo entrevistó en numerosas oportunidades y que caminó junto a él en varias etapas de su recorrido. Pero lo interesante es que esa situación de cercanía lo ubica lejos de colocar a uno de los creadores del rock alternativo en un lugar de semidios etéreo, puesto que en su escritura deja al descubierto la cantidad de bemoles que afloraban en su andar

¹ Profesor de Geografía (UNMDP) y Magíster en Práctica Docente (UNR). Capacitador Regional de Geografía (CIIE) y profesor en el ISFD N° 19 y escuelas secundarias de la ciudad de Mar del Plata. Correo electrónico: ciiegeografia@gmail.com

² Cuando le preguntaron cómo se auto percibía, respondió: “Creo que soy un escritor. Opero a través del rock and roll” (p. 293).

cotidiano. En otras palabras, el autor no busca enaltecer ni glorificar una figura sino exhibir las contradicciones, zozobras y temores de una persona que estuvo varias veces al filo de dejarlo todo.

Luego de su poética muerte un domingo por la mañana —*Sunday Morning*—, los medios de comunicación del mundo se hicieron eco del hecho y apelaron a la sensibilidad de recordar el lado amigable de Lou.³ Apuntaron a mostrarlo haciendo *taichi* en su casa con amplios pisos de parqué, donde finalmente falleció practicando la postura veintiuno de ese arte oriental, mientras observaba los árboles que asomaban por la ventana.

En las 477 páginas que posee el libro, Anthony DeCurtis rescata, por supuesto, este lado espiritual del artista, que fue erigiendo conforme su enfermedad hepática se iba desarrollando y las presentaciones en los escenarios se hacían cada vez más esporádicas. Pero antes de eso, aproximadamente cuarenta años atrás, existió otro hombre, un artista bohemio que amaba deambular por el risco de la noche suburbana de Brooklyn y pensaba en dedicarse más a la escritura de sus destructivas poesías que a la música.

³ Canción de 1967 del grupo The Velvet Underground & Nico, del que Reed formó parte. Increíblemente, 46 años antes de su muerte de domingo, la letra decía: “*Sunday morning and I'm falling* (Domingo por la mañana y me estoy derrumbando), *I've got a feeling I don't want to know* (tengo una sensación que no quiero reconocer.), *Early dawning, Sunday morning* (Amanece temprano, domingo por la mañana). *It's all the streets you crossed not so long ago* (son todas las calles que cruzaste no hace mucho tiempo atrás).

Retomando la primera frase de esta reseña, el libro comienza con una confesión de Reed al escritor, una noche de 2012: “La gente siempre me dice: ‘¿por qué no te llevas bien con los críticos?’”, y yo siempre les contesto: ‘me llevo más que bien con Anthony DeCurtis’”. Desde esa apertura que tuvo la suerte de encontrar el autor, se plantea esta extensa biografía del músico, edificada a partir del diálogo con muchos testimonios de primera mano, no solo del protagonista sino de todo el círculo íntimo que lo rodeó a lo largo de su extensa carrera.

El libro es linealmente cronológico en cuanto a la vida del protagonista y está organizado en veintisiete capítulos que, excepto aquellos que coinciden con nombres de discos (*Transformer, New York, Magic and Loss, Between Thought and Expression*), no ofrecen ninguna pista sobre qué versa cada uno. Es un recurso que utiliza el autor para generar curiosidad en el lector; la frase que titula cada apartado se relaciona con algún momento clave que se quiere destacar dentro de él. Por ejemplo, aparecen extraños títulos como “Fellini a cuadros”, “Maldito marica adicto” o “Una hamburguesa conmigo de salsa”. Podríamos trasladar la mayoría de los encabezados a un libro de literatura donde se relaten hechos de ficción, y cuadrarían muy bien. Los capítulos pueden agruparse en cuatro grandes etapas: su vida de niño y joven, donde erige el gusto por la literatura, la música y construye su sexualidad; los primeros pasos en la composición propia y su período con *The Velvet Underground*; los vaivenes de su etapa como solista, atravesados por sus deudas económicas y sus adicciones; y la última fase de su carrera, donde se consolida artísticamente

y madura como un referente compositivo a nivel mundial. DeCurtis entrama descripciones de cada momento de su vida con pequeños extractos de entrevistas a sus más cercanos y algunos pasajes de sus letras.

La biografía se abre con su nacimiento en el seno de una familia judía de Freeport, un condado del estado de Nueva York, el 2 de marzo de 1942. El hecho de que DeCurtis mencione la religión no es un dato menor puesto que la ortodoxia de sus personas cercanas — excepto su padre— produjo que comenzaran a observarlo como un niño problemático, con conductas homosexuales, lo cual constituía un trastorno familiar. Esto generó que a los catorce años lo sometieran a un tratamiento psiquiátrico que incluyó sesiones de electroshock para “curarle” su orientación sexual. Este tipo de maniobras familiares hicieron que Lou se ensimiese cada vez más en su universo, que incluía la escritura y la composición musical.

DeCurtis destaca la pasión del joven Reed por los sonidos *rhythm and blues* y al *doo wop*, géneros muy populares de las décadas de los cincuenta y sesenta en Estados Unidos, que envolvían las esquinas de los suburbios frecuentados por el músico, donde nutría su poesía con amores urbanos. Al tiempo que desarrollaba sus primeras experiencias en bandas de rock incipientes y sin demasiado impacto, inició sus estudios en la Universidad de Siracusa (1960-1964), donde se graduó en letras inglesas, pero nunca llegó —ni le interesó, según lo plantea el autor— a acomodarse en la vida académica e institucional. Sin embargo, ese momento de su vida le sirvió para ir haciendo contactos del arte y la cultura, entre

quienes se encontraba el gran artista plástico contemporáneo Andy Warhol.

A pesar de los intentos infaustos de su profesor y amigo Delmore Schwartz por inclinarlo hacia la poesía, Reed siguió el camino de la música, pero, desde luego, sin abandonar su magistral pluma para escribir. DeCurtis le dedica varios capítulos a la relación simbiótica que estableció con Warhol, donde juntos llevaron adelante el primer proyecto de una agrupación que él ya había formado junto a John Cale, Sterling Morrison y Maureen Tucker: *The Velvet Underground*.

Fundada en 1964, “la Velvet” fue ganando un espacio en la escena *underground* neoyorkina —de allí su nombre—, pero a pesar de su popularidad cada vez más importante, el libro relata las dificultades que tenía el grupo para poder grabar su primer disco. ¿Por qué? Porque *The Velvet Underground* es ruidosa y disonante, con texturas sombrías y sonidos crudos, con un cantante que no afina bien y con letras que son previsiblemente apologistas al consumo de drogas. Su sonido no era comercial para los estándares que se estaban manejando en una época donde, justamente, la *beatlemania* ya tenía alcances mundiales. No era fácil triunfar a mediados de los sesenta en un rock anglosajón al que le sobraban propuestas extraordinarias y masivas. Sin embargo, Reed y compañía se las ingenieron para encauzar la proa, generando una propuesta artística nunca antes vista. DeCurtis describe con exactitud y detalle el diseño de la original estrategia que buscó la banda al sumar a artistas que provenían de otros campos ajenos al musical. Tal es el caso de la incorporación, como cantante, de la excéntrica modelo y actriz alemana

Christa Päffgen (más conocida como Nico), con quien Reed, de acuerdo con lo señalado por DeCurtis, a pesar de establecer una natural disputa de egos, terminó congeniando. El propio Warhol, productor de su primer disco, fue claro: si querían alcanzar la cima como banda, debían sumar la voz femenina en algunas canciones. No obstante, estas recomendaciones no significaron mayores ventas ni traccionaron muchos fans. Pero la semilla estaba plantada y la obra artística de vanguardia, ya consumada. El tiempo les dio la razón: DeCurtis afirma que con esa famosa producción del “disco de la banana” estaban dando nacimiento a uno de los trabajos más importantes e influyentes de la historia del rock.

El crítico sostiene que, luego de semejante producción artística, vinieron años más austeros en términos creativos y la banda se termina deshilachando por una nueva disputa de egos entre Reed y Cale que, según el autor, tuvo que ver con ciertos celos por parte de nuestro protagonista por la formación académica musical que tenía el bajista. Cuando las discrepancias fueron insostenibles, Reed les propuso antipáticamente a sus otros compañeros que elijan entre uno u otro para seguir al frente del grupo, quedándose él, a la postre, como único líder y referente. Sin embargo, según DeCurtis, las cosas no mejoraron porque las discográficas comenzaron a mirar con cierto recelo a las bandas que hacían apología de las drogas o de “prácticas *hippies*” en sus letras, por lo cual *The Velvet Underground* termina por disolverse en 1973.

En los capítulos subsiguientes a la separación de la banda, DeCurtis trabaja de modo exhaustivo, a través de extractos literales de canciones, las distintas tensiones que atravesaron la vida de Reed

durante las décadas del setenta y ochenta: su persistente adicción a las metanfetaminas y el alcohol, las ingentes deudas con discográficas anteriores, las demandas de abogados y, por sobre todas las cosas, la necesidad de encontrar un nuevo rumbo musical, ahora en soledad. Esa identidad la encontró, una vez más, en la jungla de su ciudad, en el barro del cemento de la Gran Manzana, en las noches de caravana poética de clubes con mala reputación. En otras palabras, el autor describe de manera detallada la forma en que Lou comenzó a transitar su carrera “caminando por el lado salvaje”, aquel que se constituye a partir de encuentros sexuales con diferentes clases de personas (transexuales, chaperos, prostitutas) y exhibe a flor de piel sus dudas, tristezas y miserias, como cualquier ser humano.⁴ Su escritura se volvió más lasciva al tiempo que su música, más cruda o más refinada (según el disco), iba teniendo cada vez más adeptos. A pesar de tocar temas tabú para el momento, *Walk On The Wild Side* recibió una amplia cobertura de radio en su estreno.

Los últimos capítulos están dedicados al tramo final de su vida, las décadas del noventa y dos mil, los que DeCurtis sostiene que han sido los años de madurez artística y tranquilidad en la vida privada de Lou. Lo interesante es que en el momento en que Reed adquiere una relevancia internacional trascendente, de influencia musical en todos los hemisferios, su producción discográfica de estudio comienza a tener sangrías

⁴ *Walk on the Wild Side* es una canción de su segundo álbum en solitario, *Transformer*. Fue producida por David Bowie, y es considerada una de las canciones más famosas de Reed de su carrera solista.

importantes (ya no grababa asiduamente, como lo hacía en los setenta y ochenta), y sus creaciones —de alta calidad— comenzaron a ser ofrecidas cada tres o cuatro años. Acompañado por su última esposa, la cantante, violinista y poeta estadounidense Laurie Anderson, quien lo llevó por los senderos del budismo, transita las postrimerías de su carrera y su vida. Los últimos años estuvieron signados por algunas agradables sorpresas bien desarrolladas por el autor: la gira del matrimonio bajo el espectáculo denominado *Words and Music*, que consistía en mixturas de poesía, música, luz y color; la grabación del disco *The Raven* (El Cuervo), basado en el poema narrativo de Edgar Allan Poe de 1845, y la poco ortodoxa reunión con la banda de *trash Metallica*, con quienes grabó un contundente disco doble denominado *Lulú* (2011), que en definitiva, sería el epílogo musical de su vida.

Por tanto, podríamos decir que esta biografía desarrollada por uno de los pocos críticos no despreciados por Lou Reed hace una referencia vasta del recorrido de un artista que supo caminar por el lado salvaje de su “rock de alcantarilla”, pero terminó siendo aclamado por toda la crítica —aquella que colmaba la “ciudad hasta el techo” —, al punto que, en el año 2014, fue incluido en el Salón de la Fama del Rock. Este libro es lo suficientemente claro y explicativo como para adentrar a una persona que nunca oyó el nombre del rockero ni su particular música, lo cual no significa que esté exento de las complejidades y vicisitudes que atravesaron la existencia del músico para llegar a ser el ícono que fue.